

Guayo Labarca

Las Cruces, 3 de abril de 2009

El siglo del manoseo

No sólo Michelle Obama sobajeó la espalda de la reina Isabel tras estrechar su mano enguantada. Antes que ella, George Bush había apoyado sus cinco dedos de cowboy en el omóplato de la monarca para espanto del príncipe Felipe. Angela Merkel filtró a la prensa que le cargaban los agarrones de Sarkozy: desde entonces la alemana y el francés sólo se rozan las mejillas. En la cumbre de Viena, Chávez plantó sus manos en los hombros de Michelle Bachelet. Cuando se encuentra con Cristina Fernández de K, el venezolano no le quita las manazas de encima.

En la China de los siete reinos los visitantes sólo podían llegar a cien pasos del emperador de Qin, pero en la película *Héroe*, Sin Nombre consigue acercarse a diez pasos de ese monarca al que viene a matar. Por muy nieto de la revolución que fuera, Napoleón no admitía roces físicos pero se reservaba el derecho a dar un tironcito al lóbulo de la oreja de sus favoritos. Mientras los ingleses violaban el cuerpo de los antepasados de Michelle Obama con las cadenas de la esclavitud, en el palacio de Buckingham los ministros de alcurnia despachaban con la reina Victoria desde dos metros de distancia y se despedían a reculones. Sólo el primer ministro Benjamín Disraeli, agraciado por la monarca con el título de lord Beaconsfield a pesar de ser judío, recibió de su "Reina de las Hadas" el derecho a sentarse junto a ella. Privilegio de los Grandes de España ha sido permanecer ensombrerados ante el rey.

El siglo XX democratizó el protocolo. Aunque nadie fue honrado con el contacto de los bigotes de Stalin o la mejilla de Mao Tse-tung, cuando viajaban a

Moscú los chilenos Luis Corvalán y Volodia Teitelboim no se libraban del beso boca a boca de Nikita Jrushov o Leonid Brezhnev. Fidel Castro instauró la “imposición de manos”, que el escritor Jorge Semprún recuerda haber recibido en La Habana. Los cubanos se dicen “toquetones” y la mano del comandante en el hombro valía y sigue valiendo, aunque desvalorizada, de certificado revolucionario. Pero se trata de una mano traicionera, como pudo comprobar nuestra Presidenta cuando acudió a la encerrona que FC, con la proclama de “mar para Bolivia” bajo la manga, le montó en el barrio Siboney. Felizcote, el español José María Aznar intercambió corbatas con su amigo Fidel, hasta que el cubano lo llamó “el Hitler del bigotito”. Zorro viejo, cuando FC le propuso que se trataran de tú, Patricio Aylwin se negó aduciendo que “el canciller Silva Cimma y yo nos conocemos desde hace cincuenta años y nos tratamos de usted”. El Presidente Ricardo Lagos respondió secamente de usted una carta en que FC se le quejó tuteándolo. Vicente Fox, que sí le aceptó el tuteo, pagó el precio fuerte cuando FC publicó la grabación de una conversación telefónica que habían tenido.

El calentamiento global derrite el hielo y da paso a la confianzudez. El poder se desacraliza. Los abrazos, besos y sobajeos han invadido las cumbres frecuentes del siglo XXI.

© Eduardo Labarca